

Las trayectorias del deporte: Prácticas y espectáculo

Roger Chartier, Georges Vigarello

El estudio de las prácticas deportivas, reconocido en el mundo anglo-sajón o en Alemania desde hace mucho tiempo, no se halla en Francia más que en sus principios. Como ocurre a veces, el retraso es en este caso una suerte, una doble suerte. Por un lado, puede llegar a evitar el atolladero producido por la interminable recolección de datos documentales, reunidos por una descripción que no tiene otro fin que ella misma, ni otro objetivo que el de escribir la historia del deporte del mismo modo que existe la de la marina o la de la medicina. Si el análisis de las prácticas deportivas tiene un sentido y una urgencia, sin duda no son los de una acumulación factual –incluso si el establecimiento de datos seguros es evidentemente indispensable– sino porque plantea cuestiones esenciales para la comprensión de funcionamientos sociales, al mismo tiempo espectaculares e invisibles.

Por otro lado, al estructurarse a partir de cuestiones ya planteadas explícitamente a propósito de otros fragmentos de la realidad social, el estudio de los deportes se inscribe de lleno en el interior de la reflexión contemporánea sobre los papeles, las normas, las medidas y los beneficios de las conductas “culturales”. De esta manera, puede escapar de la amenaza que pesa sobre todo campo recientemente abierto en las ciencias sociales; es decir, a la división en una “subdisciplina” cerrada en ella misma, fuerte en la

supuesta especificidad de sus acercamientos y de su cuestionario, desarrollado en un aislamiento que en principio parece espléndido pero que resulta fatal a largo plazo. En Francia al menos, el análisis histórico o sociológico de los deportes tiene la suerte de no estar aún institucionalizado, no estando de este modo condicionado por tradiciones, referencias, tics disciplinares, que muy a menudo disimulan las verdaderas intenciones. Las de un estudio de las prácticas deportivas podrían enunciarse así: ¿Cuáles son los provechos sociales ligados al ejercicio de comportamientos aparentemente gratuitos?, ¿a qué es debido que las prácticas de domesticación y unificación de los pueblos (de los cuáles el deporte forma parte) susciten malversaciones y resistencias?, ¿cuáles son los efectos, en la distribución social de las prácticas, de la aparente contradicción entre voluntad de distinción y proceso de divulgación, que marca a los deportes como a todos los comportamientos culturales?. Ninguno de estos interrogantes es propio del estudio de las prácticas deportivas, da lo mismo, pero es por esta misma razón por la que pueden producir otros efectos de conocimiento además de los de un saber encerrado.

Se podrá pensar que damos un rodeo bastante abstracto e inútil para tratar un fenómeno tan cercano, tan arraigado a nuestro tiempo e incluso a veces a nuestras pasiones, y que en todo caso, parece justificar

En *Le Débat*.- (19), febrero 1982, París.

Traducido por: Natalia Balagué Serre

un discurso coloreado y elocuente. A ello podemos responder diciendo que la afición no ha sido nunca suficiente para hacer buena historia o buena sociología, y que estamos frente a una ilusión peligrosa al creer que la restitución, por supuesto seductiva de lo vivido, conlleva la comprensión de lo real. Por otra parte, si el estudio de los deportes se ha realizado en Francia, en un principio, bajo una perspectiva de crítica intelectual, movilizandolos unos instrumentos de análisis utilizados para la comprensión de estrategias disciplinarias (y de sus reversos), o para la de prácticas culturales, es porque ha sido llevada a cabo por investigadores venidos del campo de la educación física, preocupados por analizar lo más rigurosamente posible los factores no conocidos y no visibles que regulan su propia práctica y la sitúan en relación a las demás. Nos encontramos pues con una inspiración esencial que no debe perderse sino por el contrario ser profundizada, incluso si separa el estudio del deporte de las facilidades que parecía prometer la proximidad de su tema.

Juegos tradicionales y deportes modernos

Compartiendo las preocupaciones comunes —o las que deberían serlo— de todos los análisis de los sistemas culturales, antiguos o contemporáneos, el estudio de las prácticas deportivas no tiene un objeto propio que haya que distinguir radicalmente de otros, bajo pena de instaurar una irremediable confusión (1). En efecto, los parentescos (de hecho relativos) de ciertos gestos del ejercicio corporal colectivo han podido hacer reconocer apresuradamente la existencia del deporte, o de los deportes, en casi todas las sociedades durante todas las épocas históricas. De ahí que corolarios múltiples —y molestos— marcan toda una parte de la literatura hasta aquí consagrada a la historia del deporte: por una parte, todos los deportes contemporáneos son repuestos en una genealogía de larga duración que les atribuye, a lo largo de los siglos, antecedentes más o menos directos; por otra parte, se supone que todas las sociedades, e instancias de la nuestra, han reservado una parte de su actividad social a las prácticas que nos creemos con derecho a calificar como lo hacemos hoy en día, de “deportivas”; es decir, aquellas conductas que ponen en juego al cuerpo, parecidas a través del espacio y del tiempo, se inscriben, de una manera implícita o no, en

una unidad de motivaciones: la del juego, de la diversión y de la gratuidad. De los Griegos a los Aztecas, de la Edad Media al Siglo XX, disposiciones invariables de la psicología colectiva, que caracterizan al *homo ludens*, son consideradas de este modo por haber engendrado unas prácticas homólogas que parece lícito reunir dentro de una misma categoría.

Nos parece pues que una historia o una sociología deportivos no sean también la expresión o la transposición que rompiendo totalmente con esta perspectiva y marcando primeramente la diferencia radical que separa al deporte de los juegos tradicionales, aunque tengan en común ciertos gestos o ciertas formas. Las prácticas deportivas tienen un cuerpo específico en la medida en que instalan, de manera inédita, al ejercicio físico colectivo tanto en el espacio y el tiempo como en el tejido social de la comunidad. Pongamos un ejemplo ya clásico: tradicionalmente las historias del deporte consideran “la soule” (*), tal como se practicaba en Occidente desde la Edad media, como el antepasado directo del fútbol y del rugby, con la previa codificación de las formas y civilización de las costumbres. En efecto, entre los dos tipos de ejercicio, y tras una similitud de apariencias (en los dos casos hay un balón, dos campos que se lo disputan, contactos brutales entre los jugadores), las discontinuidades son radicales. Primero, “la soule” —tomada aquí como un ejemplo de los juegos antiguos— es siempre una transposición puesta en escena o en juego de diferencias o separaciones aparecidas con anterioridad. Oigamos a Gouberville, este pequeño halcón normando del Siglo XVI gran aficionado de la “choule” (*): las partes que describe en su periódico trasladan sobre el prado tres oposiciones sociales fundamentales —entre dos parroquias vecinas, entre dos “partidos” o dos “bandos”, entre los compañeros (p.e. los solteros) y los hombres casados del mismo pueblo (2). En cada caso, el juego, al igual que la economía de las fiestas antiguas, se organiza según una censura esencial del cuerpo social, estableciendo los campos enfrentados en función de los vínculos preexistentes: una común identidad parroquial, una misma fidelidad señorial o un estatus idéntico que los hace pertenecer bien a la cofradía de los “jóvenes” —es decir a menudo los solteros, sea cual sea su edad— o bien a la sociedad de los casados. Se comprende entonces la doble dependencia de los juegos a la antigua frente a las formas de sociabilidad que estructuran la vida colectiva (las abadías de los jóvenes, la clientela nobiliaria, las comunidades de habitantes), pero también frente a los rituales festivos de los que son frecuentemente un componente.

(*) Nota del traductor: A pesar de que podemos encontrar juegos equivalentes en nuestro país, hemos preferido no traducirlos y mantener la nomenclatura utilizada por los autores.

(1) P. Bourdieu, “Comment peut-on être sportif?”, *Questions de Sociologie*. Paris, Editions de Minuit, 1980. P.P. 173-195, artículo básico que inspira en su mayor parte el presente texto.

(2) *Un sire de Gouberville, gentilhomme campagnard du Cotentin de 1553 à 1562*, publicado por A. Tollemer, reedición Paris La Haye, Mouton, 1972, P.P. 169-172 y N. Elias et E. Dunning, “Folk-Football in Medieval and Early Modern Britain”. *The Sociology of Sports. A selection of readings*, edited by E. Dunning, Londres, Frank Cass, 1971, P.P. 116-132.

De ahí también, la doble temporalidad de dichos juegos colectivos: o bien se inscriben en el calendario de fiestas religiosas, con predilección especial por las épocas de Navidad y de Carnaval, o bien —como lo señala la crónica de Gouberville— se deciden de común acuerdo por una fecha sin un significado particular; cuando los participantes sienten un deseo compartido. Pero también en este caso, el lazo de unión con el ceremonial religioso no se disuelve, ya que siempre es después de las misas o durante las vísperas que las diferentes partes se comprometen. Desprovisto de un calendario propio o regular, el juego antiguo tiene también un espacio específico: se desarrolla en los lugares de existencia ordinaria a los que se les sustrae por un tiempo su uso cotidiano. En el Cotentin de Gouberville se lucha cerca de las iglesias, se “choule” sobre los arenales o los caminos, se “boule” al lado de las casas. Todo el espacio comunitario puede ser de este modo invadido por los juegos sin que éstos tengan un lugar fijo o marcado. Y tampoco tienen reglas uniformes: las convenciones que permiten jugar en grupo son rudimentarias, y en todo caso, variables de un lugar a otro. Como lo han demostrado las colectas etnográficas, lo que parece un mismo juego puede diferir de una región a otra, de una comunidad a otra, hasta de una parte a otra en todos los elementos: el número de participantes, la duración del juego, las reglas aceptadas, los objetos utilizados, etc.

Una “neutralidad” de las competiciones

En oposición a este conjunto de caracteres, se constituye el deporte moderno. Primera y fundamental diferencia: el deporte en principio no tiene ni una función ritual ni una finalidad festiva, sin embargo, se propone anular y no reproducir las diferencias sociales que le son anteriores y exteriores. De este modo, se ha creado un espacio neutro en el que las propiedades sociales de los diferentes actores están durante un tiempo adheridas al provecho de una igualdad original de los jugadores o de los concurrentes, desmentida tan sólo por la mayor o menor aptitud en el interior de la misma práctica. Del mismo modo que el sufragio

universal postula la estricta igualdad de los votantes, sean cuales sean, el deporte moderno establece en su fundamento la identidad abstracta de los ciudadanos, despojados durante la competición de lo que constituye su ser social. Esta buscada abstracción, que en su misma proposición defiende una ideología de la igualdad aislada, no significa que los enfrentamientos deportivos no sean también la expresión o la transposición de oposiciones de todos órdenes; nacionales, raciales, sociales, religiosas, etc. Pero estas inversiones, que contradicen la pretendida neutralidad del ejercicio, son en el deporte como una revancha de lo social. A pesar de la no aceptación de la puesta en juego explícita de las diferencias que dividen a la sociedad en comunidades distintas, unidas por el territorio, la pertenencia o el estatuto, el deporte moderno no puede escapar de las determinaciones sociales que reintroducen en un campo supuestamente impermeable las propiedades, los objetivos o simbolismos de los competidores (y/o de sus partidarios). Nada ilustra mejor este fenómeno que el caso de las ciudades donde se practica un mismo deporte por diferentes clubs a un nivel comparable en la jerarquía de las competiciones. Por ejemplo, los principios del rugby en Burdeos (3). En la primera década del Siglo XX, cuatro clubs se dedican a este nuevo deporte importado de Inglaterra; el Stade Bordelais Université Club, club burgués de los barrios residenciales, el Bordeaux Etudiants Club, disidencia estudiantil del S.B.U.C., el Sport Athlétique Bordelais, de clientela mezclada, y el Club Athlétique Béglais, obrero y de habitantes de la periferia. En un principio, cada uno, debido a su localización dentro o fuera de la ciudad, a su personal adherido, a su organización, es portador de una identidad social fuerte y específica, reconocida colectivamente, y que da a las rivalidades entre los clubs otro cariz que el deportivo. Tales identificaciones pueden perdurar aún cuando sus fundamentos “objetivos” hayan desaparecido: de este modo, la imagen “popular” del C.A. Béglais persiste a pesar de las transformaciones profundas de las barriadas periféricas donde se halla instalado, y aunque el equipo no posea ningún obrero en sus filas. Tal ejemplo, entre tantos otros, indica la contradicción original sobre la que se ha contruido todo el desarrollo de los deportes modernos, creada por la afirmación reiterada de la neutralidad de sus competiciones, idealmente sustraídas de los problemas de la sociedad, y por las inversiones sociales e ideológicas puestas en ellas, más poderosas todavía que en los juegos tradicionales que mostrándolas las amansaban.

(3) J.-P. Augustin et M. Berges, “Sports et société locale: le rugby à Bordeaux”, *Sports et Société. Approches socioculturelle des pratiques*, sous la direction de C. Pociello, Paris, Editions Vigot, 1981, P.P. 337-351.

Espacios inéditos

Buscando un lugar neutro de enfrentamientos desocializados, los deportes modernos implican la creación de espacios y de tiempos que les sean propios. Gimnasios, estadios, velódromos (de los que se tendría que disponer una cartografía histórica) son espacios nuevos que aislan a la práctica deportiva en lugares reservados. Al contrario de los juegos tradicionales instalados en los terrenos ordinarios utilizados cotidianamente, el deporte requiere un lugar adecuado, cerrado, marcado, idéntico en su forma y en sus dimensiones en todas las ciudades. De este modo, el estadio se convierte en el ideal de espacio neutralizado, normalizado, codificado; en un campo cerrado para la realización de prácticas fuera del mundo. Sin embargo, al sancionar una posible ruptura entre los que juegan y los que miran, haciendo de la competición también un posible espectáculo, el espacio deportivo traduce necesariamente unas exigencias que no son intrínsecamente las del deporte sino las de la sociedad entera. Por una parte, como la escuela, el hospital o la prisión, el estadio es un dispositivo que se encarga de una gestión de la población, y que por lo tanto, organiza su espacio en función de las representaciones y de las intenciones que fundamentan en un momento dado el perfil buscado de los espíritus y de las conductas. Es así como se ha podido demostrar que la arquitectura de los estadios se configuraba con dos objetivos muy distintos: uno, que da especial importancia a la educación de los espectadores, armoniosamente repartidos, impresionados por la monumentalidad del lugar, conducidos al deseo de la práctica; otro, que intenta sobretodo controlar a la muchedumbre aislándola y separándola radicalmente de un campo de juego convertido en inaccesible (4). Por otra parte, el espacio deportivo es también creador de un provecho ligado al espectáculo que se lleva a cabo en él. El ejemplo del ciclismo al final del siglo XIX muestra claramente como la implantación y la misma arquitectura de los velódromos dependen estrechamente de los beneficios gestados por anticipado por sus propietarios—entre ellos Clovis Clerc, el director de Folies-Bergère, y Tristan Bernard que posee Buffalo—; y también como la existencia de un lugar que hace falta rentabilizar de la mejor manera posible conduce a la

invención de formas deportivas inéditas, pensadas desde un principio como unos espectáculos para la gran mayoría, como lo son por ejemplo las carreras de "Six Jours" (5). El espacio propio del deporte es pues, contradictoriamente, el lugar ideal para una práctica que no tiene fin más que en ella misma, y por esta razón, tiene que ser inscrita a parte en la ciudad y ser al mismo tiempo el teatro de un espectáculo, que como todo espectáculo, debe enriquecer a unos y divertir o enseñar a otros.

El tiempo del deporte

A la época religiosa o aleatoria de los juegos antiguos, el deporte moderno opone una temporalidad propia, construida y específica. Es en primer lugar la del calendario de las competiciones. Cada disciplina, progresivamente, ha construido uno, cuya estructura viene dada por una desigual repartición de los eventos a lo largo del año y por su retorno anual, pero cuyas fechas y ritmos no tienen otra lógica (al menos en teoría) que la del deporte considerado. Así por ejemplo, la distribución de la estación ciclista, con sus clásicos, sus campeonatos nacionales, sus vueltas, sus criteriums, define una duración propia, desligada de cualquier otra, resultado a la vez de una sedimentación histórica y de una disposición reglamentada—o así se supone— de los tipos de carreras. Por otro lado, el deporte moderno ha sustituido la duración indeterminada e interminable de los juegos antiguos por un tiempo de práctica encerrado en unos límites precisos, recortado estrictamente en secuencias ordenadas y calculadas con minuciosidad. Este tiempo del deporte, indiferente al tiempo social en el que puede inscribirse con toda libertad, en uno u otro momento, constituye pues de forma ideal unidades codificadas en función de la práctica que ellas limitan. Esta autonomía temporal del ejercicio deportivo debe de todos modos coordinarse con iniciativas que le son exteriores y que pueden modificar los calendarios de competiciones o la duración de las partes, respondiendo a lo que se cree una mejor disponibilidad del público. De ahí vienen, entre otros, el casi abandono del domingo por parte del fútbol profesional en Francia o la introducción del tie-break

(4) A. Ehrengerb, "Aimez-vous les stades? Architecture de masse et mobilisation", *Aimez-vous les stades? Les origines des politiques sportives en France, 1870-1930*, textes réunis par A. Ehrenberg, Paris, *Recherches*, n.º 43, 1980, P.P. 25-54.

(5) R. Holt, *Sport and Society in Modern France*, Londres Mac Millan, 1981, P.P. 86-89.

en tenis, con el propósito de limitar la duración de los partidos para hacerlos más espectaculares y más "televisivos". De este modo, el tiempo de la sociedad se introduce en el tiempo teóricamente independiente del deporte, dictándole cambios y adaptaciones.

Reglas y legisladores

En conclusión, el deporte moderno sustituye las convenciones múltiples y temporales que reunían a los actores de los juegos antiguos, por unas reglas fijas que permiten una práctica universal. La historia de cada deporte es pues, en principio, la progresiva constitución de un cuerpo de reglamentos cada vez más precisos, que unifican en un mismo código prácticas que en su origen podían ser locales o regionales. Pongamos otra vez el ejemplo del rugby (6). A principios del siglo XIX, el fútbol se practica mucho en las "public schools" inglesas, pero según las formas propias de cada establecimiento: de uno a otro varían la medida y la forma del terreno, la finalidad del juego, sus reglas, etc. El gesto innovador del legendario W.W. Ellis, que un día de 1823 en el terreno de la Rugby Public School, cogió el balón en sus manos y corrió hacia delante, no cambia para nada el asunto: las treinta y siete reglas escritas en 1843, que codifican el juego de este modo transformado, aunque le aseguran un rigor y una regularidad desconocidas por los juegos tradicionales, permanecen en efecto durante largo tiempo como propias de la única comunidad escolar de rugby. De todos modos, la difusión del fútbol en las escuelas y universidades, al igual que la proliferación de los antiguos clubs civiles dedicados al mismo deporte, crean la necesidad de unificar las reglas, condición necesaria para jugar conjuntamente. Incluso después de la separación entre el fútbol-asociación, que niega la posibilidad de coger el balón con la mano, y el rugby fútbol que la reconoce, las dificultades son grandes: ni entre escuelas ni entre clubs existe un acuerdo sobre los gestos lícitos o prohibidos (por ejemplo el *hacking* i.e. el derecho de dar patadas por debajo de la rodilla), ni sobre el número de jugadores, ni sobre la forma o el peso de la pelota, ni sobre la manera de contar los puntos, ni sobre la presencia o competen-

cias de los árbitros. Cada partido debe ser precedido por un acuerdo de los dos equipos, que defina las reglas aceptadas conjuntamente –generalmente las del equipo que recibe. La creación de la Rugby Football Union en 1871, que agrupa a los principales clubs del distrito de Londres, o la del International Football Board en 1890, que reúne a las cuatro naciones británicas, unifican muy lentamente las reglas del juego, aunque los resultados de los primeros partidos entre Inglaterra y Escocia (en 1871, en 1884) dan lugar a ásperas y largas discusiones por falta de un acuerdo claro sobre los gestos que permiten o no marcar los puntos.

Un tal ejemplo, demuestra claramente que los reglamentos deportivos, como todo derecho, suponen la existencia de un cuerpo de legisladores encargado de fijar y modificar las reglas –lo que hará y hace todavía el International Board– y de velar por su respeto. Por este hecho también, el deporte moderno se diferencia de los juegos tradicionales, ya que delega a un cuerpo de especialistas la tarea de instituir un derecho específico que rija, al margen, del derecho común, la esfera de las prácticas deportivas –ya se conocen las reticencias de las federaciones cuando un caso "deportivo" es llevado en la actualidad a los tribunales civiles para ser juzgado según una ley que no es la suya propia.

La invención en su tiempo

La tarea esencial de una historia del o de los deportes es pues identificar, en cada situación nacional, los lugares y los medios portadores de estas nuevas prácticas. Un estudio como éste sólo puede ser llevado a cabo si se toman en cuenta diversas dimensiones distintas, aún mal estudiadas. Primera y necesaria exigencia: situar el lugar de los deportes modernos en el interior del campo global de los ejercicios físicos colectivos. En efecto, cada situación histórica configura de manera original las relaciones entre los deportes estrictamente entendidos y las demás prácticas. Pongamos por ejemplo la Francia de finales del siglo XIX. El campo de los ejercicios corporales se organiza alrededor de tres polos: los juegos tradicionales, la gimnasia y los deportes modernos. Cada práctica tiene su modelo de referencia: sean los juegos de ejercicio de

(6) H. Garcia, *La Fabuleuse Histoire du Rugby*, Paris, Editions O.D.I.L., 1973, P.P. 73-106 (pour les textes cités) et. E. Dunning, "The development of Modern Football", *The Sociology of Sports*, op. cit., P.P. 133-151.

la antigua Francia practicados aún (por ejemplo "les joutes", les jeux de "boule" ou de "quille", "la barette"), descritos minuciosamente por los eruditos, predicados por los políticos republicanos y socialistas como Paschal Grousset, fundador de La Ligue Nationale d'Education Physique; sea la gimnasia prusiana cuya victoria en 1870 parece probar su evidente eficacia; o bien los deportes de las Public Schools, que constituyen para Coubertain y sus aristocráticos imitadores de la Union des sociétés françaises des sports athlétiques, el modelo a importar y a imitar (7). Cada una de estas formas de ejercicio se inscribe en unos lugares sociales específicos: la comunidad de habitantes para los antiguos juegos que guardan su carácter tradicional; los gimnasios, la armada, los patronatos católicos o laicos, y después de 1880 las escuelas públicas de gimnasia para chicos, los institutos y los clubs de grandes ciudades para los deportes; cada una en su capa social -los gimnastas "populares" se oponen a los sportsmen distinguidos; cada una su finalidad- la preparación de la élite dirigente por medio de la práctica deportiva no corresponde a la educación de los pueblos, asegurada por la armada o la escuela.

De todas maneras, la localización -expresada aquí a grandes trazos- de las propiedades particulares de cada práctica, debe desconfiar de un sociologismo simplista que las distribuiría en función de una división social establecida con antelación. Primero, la relación entre los diferentes tipos de ejercicios debe buscarse en su dinámica. Es así como la introducción de los deportes ingleses en Francia en los años 1880/1890 acentúa en un principio el carácter popular de la gimnasia, abandonada por las clases superiores, provocando de este modo un fuerte contraste entre las dos prácticas. Pero muy pronto, los mismos deportes llevan a cabo, con unos ritmos diferentes, un movimiento de "popularización" de sus espectadores así como de sus actores. Es así como el Stade Lyonnais, club de rugby fundado en 1900, comprende una mayoría de empleados de oficina, artesanos cualificados y pequeños comerciantes -lo cual no es el caso de su rival, el Football Club Lyonnais con más de cinco años y más de alto copete (8). El deporte produce, desde su origen y de forma contradictoria, efectos de distinción y procesos de imitación que nos conducen a situar los arraigos sociales de cada práctica en sus desplazamientos (algunas veces muy rápidos) y en sus relaciones recíprocas: la popularización de la bicicleta al final del siglo XIX es tan remarcable que provoca la dirección de la inversión aristocrática hacia un nuevo objeto, el automóvil.

Desde otro punto de vista, las manifiestas oposiciones expresadas por sus respectivos defensores, que separan deportes y gimnasia, deben ser inscritas en su horizonte común. Ciertamente, está claro que a raíz de la lucha contra la gimnasia militar y escolar se produce el éxito de los deportes ingleses. A la formalización descompuesta del gesto, oponen la puesta en movimiento de todo el cuerpo; a la formalidad rígida del ejercicio colectivo, la libre iniciativa del individuo. A pesar de todo, más allá de estas diferencias inmediatamente sensibles -¿qué otras diferencias existen entre una fiesta gimnástica y un partido de fútbol o de rugby?-, los parentescos existen y son importantes. Deporte y gimnasia nacen efectivamente de una misma representación del cuerpo, energética y combustiva; se basan en la misma necesidad de una apreciación cuantitativa del esfuerzo muscular, análoga a la del gesto industrial racionalizado en la misma época; se organizan rápidamente en una progresión reglamentada, convirtiendo al ejercicio gimnástico en el solfeo de la música deportiva. Es más, el deporte se enfoca también hacia un control del cuerpo según unas modalidades ineditas, que tienden a sustituir la disciplina visible de la gimnasia por coacciones abstractas y colectivamente interiorizadas de las reglas a respetar, de las tácticas a seguir, de los récords a superar (9). El ejercicio desmiente de este modo el discurso, lo que debería llevar a los historiadores del deporte, ocupados durante largo tiempo por el comentario de los propósitos de los introductores o de los apologistas de las nuevas prácticas, a trasladar su atención hacia las representaciones olvidadas y desconocidas que los reglamentan.

Public Schools e institutos: la distinción

Incristas en el campo de los ejercicios corporales, estas prácticas deben estar comprendidas en el mismo seno de las instituciones en las que han nacido. Las constataciones que unen estrechamente un cierto tipo de instituciones escolares y la aparición de los deportes modernos, están bien establecidas. En las Public Schools inglesas se desarrollan desde principios del siglo XIX juegos colectivos completamente diferentes, simultáneamente, se producen enfrentamientos por

(7) Cf. Los dos artículos ya clásicos de E. Weber, "Pierre de Coubertain and the introduction of organized sport in France", *Journal of Contemporary History*, volume 5 number 2, 1970, P.P. 3-26, et "Gymnastics and Sports in Fin-de-Siècle France: opium of the classes?", *The American Historical Review*, volume 76 number 1, 1971, P.P. 70-98; et aussi J. Defrance, "Esquisse d'une histoire sociale de la gymnastique (1760-1870)", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n.º 6, 1976, P.P. 22-46.

(9) G. Vigarello, *Le corps redressé. Histoire d'un pouvoir pédagogique*, Paris, J.-P. Delarge éditeur, 1978, P.P. 246-261.

(8) R. Holt, *op. cit.*, chap. IV, P.P. 61-80.

procuración (tales como combates entre animales, combates de boxeo entre clientes campeones de miembros de la aristocracia, carreras entre domésticos asalariados que representan a sus patrones); el ocio de los *sportsmen* se dirige hacia el caballo, ya que la caza, la equitación, las carreras y la gimnasia continental obtienen el beneplácito de algunos directores de *Public Schools* —como por ejemplo Thomas Arnold, *headmaster* de Rugby que tolera mal el éxito del fútbol practicado en su escuela. En Francia encontramos el mismo lazo de unión entre la enseñanza de élite, situada en aquella época en los institutos, en ciertas escuelas privadas como l'Ecole alsacienne, l'Ecole Monge o l'Ecole des Roches y en ciertos grandes colegios católicos como Juilly o Arcueil, y la introducción de los nuevos deportes. Es así como la fundación de los dos primeros clubs parisinos dedicados al atletismo y al rugby-fútbol, se inscribe en la rivalidad escolar que enfrenta a los institutos de la orilla derecha, cuyos alumnos se agrupan en el Racing Club de France en 1882, con los de la orilla izquierda, como por ejemplo el instituto Sant-Louis que da paso al Stade Français al año siguiente. Y es sobre el mismo mantillo escolar que se crean en la década noventa clubs de provincia reunidos por la Unión des sociétés françaises des sports: son más de 70 en 1893 y cerca de 200 en 1897.

El arraigo de los deportes modernos en la sociedad escolar se ha interpretado a menudo en términos que reiteran los de sus primeros defensores: se trataría en conjunto de controlar las energías adolescentes, aún más peligrosas cuando se hallan encerradas entre las paredes de un pensionado; de preparar a los hijos de las clases dirigentes para llevar a cabo su papel de mando civil y militar, endureciendo sus cuerpos por medio de enfrentamientos viriles y acostumbrándolos al *self-gouvernement*; de templar las almas desviándolas de las facilidades mortíferas de la joven civilización industrial. Si tomamos en cuenta tales justificaciones, sólo podemos explicar parcialmente el éxito alcanzado por los deportes, primero dentro y después fuera de las escuelas secundarias de la aristocracia y de la gran burguesía. Comprender este éxito extraordinario conduce a dos reflexiones. La primera pone especial atención entre los parecidos existentes entre los valores inherentes al ejercicio deportivo y de los de las clases dominantes de finales del siglo XIX. A una élite que valoriza la actividad gratuita, la iniciativa personal, las distancias en el rol social; el deporte propone un ejercicio fundado sobre los mismos valores distintivos, ya que implica el *fair-play*, la invención individual y la gratuidad de una ocupación que no tiene otro fin que

ella misma. El deporte es de esta manera la traducción inmediata apreensible, ya que se traslada al campo, de una costumbre o un hábito (como quiera llamarse) que se da a conocer a los que la comparten y a ver a todos los demás.

Divulgación y lógicas internas

Pero al mismo tiempo, el deporte se encuentra acorralado en un proceso de divulgación, ya que la apropiación de su práctica, puede dejar esperar la de los beneficios considerados como distintivos de la clase dirigente. Esta imitación de conductas que en su origen son estrictamente aristocráticas o burguesas, llevada a cabo por capas sociales cada vez mayores, puede estar en función de la difusión de cada uno de los deportes, pero ello plantea también una cuestión esencial: ¿por qué ciertos deportes han conocido rápidamente una modificación radical de su base social, mientras que otros se han quedado largo tiempo, a veces hasta nuestros días, como propios de una minoría escogida?. Un interrogante como éste nos lleva a introducir en la sociología histórica de los deportes una dimensión que ha estado muy a menudo ausente, y que tiene en cuenta la lógica interna de cada uno de ellos. Efectivamente, de uno a otro existen grandes variaciones que conciernen la puesta en juego del cuerpo y sus modalidades, suaves o bruscas, energías o decisivas; la situación de comunicación, distanciada o no, con compañeros y adversarios; la rigidez mayor o menor del reglamento; la utilización o no de un instrumento o de una máquina. La disposición de los diferentes elementos da a cada deporte una imagen propia, que lo marca socialmente de una manera más o menos rígida. Mientras que algunos deportes guardan a lo largo de su historia una asignación social definida, otros, por su misma plasticidad, autorizan apropiaciones múltiples, generando diferentes modalidades, socialmente diferentes, de una misma práctica. Estas distribuciones sociales fijas o móviles de las prácticas deportivas deben en cada momento histórico estar comprendidas en la encrucijada de la estructura interna propia de cada deporte y en las disposiciones culturales y sociales de los diferentes grupos susceptibles de practicarlo, sean tanto la representación del cuerpo y de sus posibles usos, los beneficios descontados de los costes (económicos, temporales, corporales) exigidos, o el sistema de valores que gobiernan las relaciones de

(10) C. Pociello, "La force, l'énergie, la grâce et les réflexes. Le jeu complexe des disparités culturelles et sportives", *Sports et Société*, op. cit., p.p. 171-237.

grupo con los demás o con la naturaleza (10). Lo que sería comprender la historia de los deportes en términos de demanda social diferenciada y de sistema de oferta —constituido éste por todos los deportes en un momento dado, siendo cada uno definido por sus relaciones recíprocas con los demás.

Deporte paternalista, deporte obrero

En los siglos XIX y XX, el deporte tuvo un papel esencial —ignorado durante largo tiempo por los historiadores de las sociedades y de los Estados— en dos estrategias fundamentales: la que intentaba controlar y disciplinar a las masas populares y la que tendía a integrar a las clases obreras en el cuadro de los Estados nacionales. Efectivamente, está claro que el deporte ha sido una pieza importante de los dispositivos paternalistas, ya que a la vez, debía ocupar a los trabajadores durante su tiempo de libertad, asegurar una mejor identificación a la empresa e inculcar un sistema de valores y de conductas, un espíritu de cuerpo y de competición que haría más eficaces los gestos del trabajo. Desde finales del siglo XIX son numerosas las empresas que instalan su propio club o sociedad de deporte, destinados al ejercicio o a la recreación de sus obreros. Pongamos dos ejemplos, de uno y otro lado del Canal de la Mancha. En Montceau-les-Mines, los Chagot, propietarios de las minas de hulla y “fundadores” de la ciudad, crean la primera sociedad de gimnasia con el emblema de “Progreso y Patria” (11); en el East End londinense, el patrón de los astilleros de los Thames Ironworks, Arnold P. Hills, funda y financia un club de fútbol, creado en 1895, justo después de una huelga de envergadura con el intento declarado de moralizar a una población desheredada y de cimentar mejor la comunidad industrial (12).

Este uso patronal del deporte, justificado por medio del discurso filantrópico, no debe ser considerado como si hubiera producido todos los efectos que sus promotores esperaban. En principio, el destino de los clubs de empresa no concuerda muy a menudo con la primera intención que los fundó. Es de este modo como lo establecido por Arnold F. Hills experimenta muy pronto una doble evolución. Por una parte, se transforma en un club profesional que contrata jugadores venidos de toda Inglaterra y que prácticamente no

recluta a más obreros del astillero: la fundación en 1900 del West Ham United Football Club, que sucede al antiguo Thames Ironworks Football Club, significa por su misma designación la distancia establecida frente a la empresa. Por otra parte, en 1904, el club abandona su estadio del Memorial Ground que había sido edificado por Hills en pleno corazón del barrio obrero, próximo a los hangares, por el Boleyn Ground, situado en un barrio residencial fácilmente accesible tanto para los trabajadores de West Ham —y de otros barrios periféricos gracias al tren y al tranvía— como para los habitantes más afortunados de East Ham. Por una evolución que está lejos de ser única, el club patronal se convierte en una empresa autónoma, no enfocando ya la práctica del deporte, como regenerador, sino que pone en marcha un equipo capaz de suscitar un proceso de identificación en una amplia comunidad territorial; así pues asegura un espectáculo rentable que permite el desarrollo del club. Encontramos aquí un buen ejemplo de la decadencia frecuente del paternalismo deportivo que transforma en sociedad capitalista independiente lo que antes era el apéndice controlado de una empresa.

Desde otro punto de vista, la voluntad de encuadrar a la población trabajadora mediante el deporte engendra su propio reverso de la moneda, como es la creación de federaciones que dependen del movimiento obrero. En efecto, si en ciertos países como Suecia las asociaciones obreras se mantienen al margen del deporte organizado, rechazado como exclusivamente burgués, es porque el movimiento obrero ha querido generalmente edificar sus propias organizaciones (13). En su origen y en sus baluartes tradicionales —Alemania, Suiza, Austria, Bohemia— intentan promover una forma de actividad física diferente de la de la burguesía, partidaria de los deportes ingleses; de ahí la primacía concedida a la gimnasia, a la natación, al ciclismo, es decir a ejercicios que aunque siendo practicados solidariamente no implican ni récords ni competiciones. Durante los años veinte y treinta las cosas cambian radicalmente: los deportes colectivos se convierten en dominantes, llevando consigo la multiplicación de las competiciones, y las organizaciones obreras que los tienen a su cargo experimentan un crecimiento espectacular, facilitado por la reducción del tiempo de trabajo (jornada de ocho horas y semana inglesa). Durante su apogeo, el A.T.U.S. alemán agrupa a 1.200.000 miembros, el A.S.K.O. austriaco a 250.000, el movimiento checo a 200.000. Esta evolución hacia el deporte de competición se distingue por la nueva denominación de la organización internacional

(11) P. Lucas, *La Religion de la vie quotidienne*, Paris, P.U.F., 1981, chap. III, p.p. 57-78.

(12) C.P. Korr, “West Ham United Football Club and the Beginnings of Professional Football in East London, 1895-1914”, *Journal of Contemporary History*, volume 13, number 2, 1978, p.p. 211-232.

(13) R.F. Wheeler, “Organized Sport and Organized Labour: the Workers Sport Movement”, *Journal of Contemporary History*, volume 13, number 2, 1978, p.p. 191-210.

que federa a las asociaciones nacionales — a la internacional socialista de educación física fundada en Gand en 1913 le suceden en 1920 la Unión internacional obrera para la educación física y el deporte, y más tarde en 1925 la Internacional deportiva obrera socialista; que funda también la organización de Olimpiadas obreras, primero no oficiales en Praga en 1921, y más tarde oficialmente organizadas por el I.S.O.S. en Francfort-sur-le-Main en 1925, en Viena en 1931 y en 1937 en Amberes (en lugar de Barcelona donde su celebración en 1936 debía manifestar la oposición del movimiento obrero a los Juegos de Berlín).

Las organizaciones deportivas de los trabajadores, llevadas por el movimiento socialista, sufrieron los efectos de sus divisiones. De este modo, en 1921 se decidió en Moscú la fundación de una Internacional del deporte rojo, que organiza sus propios juegos: las Spartakiadas (en Moscú en 1928, en Berlín en 1931). Entre las dos Internacionales deportivas las relaciones fluctúan según las sucesivas estrategias de la Internacional comunista (14): a las negociaciones y competiciones comunes del final de los años veinte, le sigue la ruptura de las relaciones en 1928 y 1934; después se produce un acercamiento notable a raíz de la creación en Francia de la Federación deportiva y gimnástica del trabajo que reconcilia en 1934 a la Federación deportiva del trabajo (comunista) con la Unión de las sociedades deportivas y gimnásticas del trabajo (socialista), separadas desde 1923. Pero más allá de las vicisitudes políticas, lo importante es sin duda la contradicción interna del proyecto del deporte obrero — que explica finalmente su débil éxito “popular” a pesar del apasionamiento aparecido en los años de la primera posguerra. Queriendo constituir un espacio totalmente separado de las influencias burguesas o del control patronal, no se consiguió sin embargo imponer un modelo propio de práctica deportiva sino solamente llevar a cabo una imitación del deporte burgués. De ahí finalmente, la salida de sus mejores elementos hacia la profesionalidad y el desinterés de las masas populares, más atraídas por los enfrentamientos espectaculares de los deportes profesionales, los únicos en beneficiarse de la gran prensa. Pensado como oposición al deporte paternalista, el deporte obrero tuvo que ceder frente al irresistible empuje de las formas capitalistas de la organización deportiva.

Deporte nacional, deporte comercial

Estas formas han jugado un papel fundamental en la constitución progresiva de las identidades nacionales, integrando en una comunidad colectivamente resentida a dominados y dominantes, habitantes de ciudad y de pueblo, obreros y patronos. El deporte contribuye a ello de diversas maneras. Las más inmediatamente visibles son las que hacen que toda una nación se identifique con un equipo o con un campeón, encargados de representarla. Entre los siglos XIX y XX, la multiplicación de los partidos internacionales en los deportes colectivos — el fútbol, el rugby — pero también en tenis con la copa Davis, traduce y acentúa el fenómeno. Pero dicho proceso de identificación nacional no concierne necesariamente a los deportes de equipo — pensemos en Carpentier, Ladoumègue, Cerdan, transformados en héroes nacionales — y no supone necesariamente un encuentro oficial entre dos naciones, como lo atestiguan por ejemplo los principios del baseball en el Japón. En los años 1890, las escuelas superiores y las universidades japonesas adoptan con entusiasmo este deporte de importación por una doble razón: por una parte, su “lógica interna” parece fácilmente encarnar los valores antiguos y caballerescos considerados como los constituyentes de la identidad nacional; pero por otra parte, permite rivalizar con el enemigo americano, del cual es el deporte nacional, en su propio terreno. En efecto, los tratados desiguales de 1854 y 1858 marcan profundamente la conciencia nacional japonesa, herida por la total exterritorialidad concedida a los ciudadanos americanos en seis puertos del país, convertidos así en verdaderos enclaves occidentales. De ahí que, el desafío lanzado por la escuela superior de Ichiko de Tokio, que domina el base-ball japonés, al Yokohama Athletic Club, club americano de uno de los seis puertos, tome cariz de duelo nacional. Después de varios años de prórrogas, los Americanos aceptan finalmente jugar su encuentro el 23 de mayo de 1898, lo que constituye un precedente inaudito ya que hasta entonces ningún Japonés tenía el derecho de entrar en el parque donde estaba emplazado el terreno de juego. Este primer encuentro, que da como vencedores a los Japoneses, se celebra como una victoria nacional, de una importancia similar a las

(14) D.A. Steinberg, “The workers Sport Internationals, 1920-1928”, *Journal of Contemporary History*, volume 13, number 2, 1978, p.p. 233-251. Dicho ejemplo no carece evidentemente de eco contemporáneo: pensemos por ejemplo en el encuentro de hockey sobre hielo que enfrentó en 1969 a la U.R.S.S. y a Checoslovaquia, cuya victoria, seguida de una manifestación en la Praga ocupada, se convirtió en el signo de una revancha simbólica.

obtenidas en la guerra contra China: "Esta victoria es más que una victoria para nuestra escuela, es una victoria para el pueblo japonés", declara el presidente de los estudiantes. A este encuentro le siguen otros tres (el 5 de junio, el 27 de junio, el 4 de julio) que provocan una verdadera movilización de las dos comunidades: los Americanos llaman a los marinos —a los que se supone mejor entrenados que los residentes— de los buques que hacen escala en Yokohama; los Japoneses son animados por telegramas llegados de todo el país y por una multitud entusiasta que les acompaña en su entrada al estadio, dónde no pueden penetrar. Los partidos del 5 de junio en Yokohama y del 27 de junio en el terreno de la escuela de Ichiko finalizan con claras victorias japonesas, reflejadas por la prensa nacional; y no es hasta el 4 de julio, día del "Independance Day", en una Yokohama movilizadada, que el equipo americano logra por fin conseguir un pequeño éxito. Así pues, mediante el enfrentamiento de dos clubs particulares (uno escolar y otro privado) se juega una partida fundamentalmente política, en la que para unos, el objetivo es la manifestación explosiva de su dominación, y para otros, la ocasión de tomar la revancha de las humillaciones sufridas y la afirmación de la dignidad nacional (15).

Cristalizado en las competiciones, que parecen poner en juego, por delegación, el honor del país entero, el sentimiento nacional se fortifica también por la progresiva organización de un espacio o de un mercado del deporte nacionalmente unificado. Las pruebas como las vueltas nacionales en ciclismo (el Tour de France en 1903, el Giro de Italia en 1909) o los campeonatos y las copas en fútbol contribuyen poderosamente a esta integración del deporte en el marco del Estado nacional. El fútbol inglés ofrece un ejemplo perfecto, imitado por otros, con la creación de la Cup en 1871, abierta a todos los clubs, del más modesto al más afortunado, y cuya final en Londres y en presencia del soberano atrae a 80.000 espectadores desde la década de 1890; y también con los encuentros semanales del campeonato de la League, que culmina la pirámide de los campeonatos inferiores. Gracias al contexto de todas las competiciones, que ocupan un determinado lugar en un sistema jerarquizado y controlado, en el que existe la posibilidad de pasar de una división a otra, las identificaciones particulares a los diferentes clubs pueden reformularse en el interior de una unidad preservada, y al mismo tiempo exaltada puesto que el objetivo de todos los enfrentamientos locales es la conquista de una copa o de un título definido nacionalmente. De este modo, el deporte

puede conseguir plenamente su doble objetivo: constituir un componente esencial de un estilo de vida popular, marcado entre otras cosas por la asistencia a los encuentros, pero también inserir más profundamente a la clase obrera en la comunidad nacional, reforzando así los demás sectores de integración que son la legislación social, la economía de consumo y el sufragio universal (16).

Estos imperativos han podido llevar en ciertas situaciones a hacer del deporte un instrumento de la afirmación y el reconocimiento nacionales: el caso de la R.D.A., dónde el deporte "crea" una nación cuya legitimidad podría parecer problemática, representa un claro ejemplo. Pero a lo largo del siglo XX, dichos imperativos han debido coexistir con otros económicos y comerciales. No hay sin duda un ejemplo mejor que la organización del Tour de France y la presión realizada por los agentes publicitarios para imponer la fórmula de sus deseos (17). El reglamento del Tour, modificado a menudo después de su creación en 1903, se estabilizó en 1930 con la introducción de los equipos nacionales y el control estricto de la prueba por parte de sus organizadores del periódico *L'Auto*, que entregaban a todos un material anónimo, designaban a los concursantes admitidos y tomaban enteramente a su cargo todos los gastos de los corredores. El perjuicio sufrido por las casas de bicicletas, que se servían anteriormente del Tour como soporte publicitario, se compensó mediante la creación de una caravana publicitaria abierta también a otros anunciantes. A partir de los años treinta, el Tour de France se convierte en una competición donde se enfrentan, por medio de campeones y equipos, las naciones occidentales en una atmósfera de exaltación nacionalista a veces exacerbada. Pero a partir de los años cincuenta, el flujo de espectadores sobre el recorrido de la carrera y la cobertura del evento por medio de la imagen (en los periódicos, las revistas deportivas, la televisión) incitan a los "asociados deportivos" —es decir, a las firmas comerciales que financian durante todo el año a equipos ciclistas— a emprender la batalla para la vuelta a los equipos de marcas. Para conseguirlo prohíben a sus corredores participar en el Tour, rompen los equipos nacionales agudizando las rivalidades entre corredores de marcas diferentes que participan en él, utilizan el Giro de Italia —corrido por equipos de marcas— contra el Tour de France. Finalmente, los organizadores del Tour ceden en 1962 aceptando la vuelta a los equipos de marcas (con un arrepentimiento abortado en 1967 y 1968), y abandonan de hecho el control de la prueba a las empresas

(15) D. Roden, "Baseball and the Quest for National Dignity in Mein Japan", *The American Historical Review*, volume 85, number 3, 1980, p.p. 511-534.

(16) E. Hobsbawn, conférences à l'E.H.E.S.S., janvier 1980.

(17) J. Calvet, *Le Mithe des géants de la route*, Presses Universitaires de Grenoble, 1981.

que financian el ciclismo internacional. Encontraríamos en otros deportes esta misma transformación de las competiciones organizadas sobre la base de enfrentamientos nacionales, en provecho de los que oponen a los clubs y se prestan más fácilmente a la intrusión de promoción publicitaria directa o indirecta: así tenemos en fútbol las copas de Europa, que eclipsan actualmente los encuentros entre las naciones —excepto si se pone en juego la copa del mundo— y aseguran a los anunciantes soportes múltiples y televisados, a los clubs recetas coquetas, a los Estados recaudación fiscal suplementaria.

Son pues excepcionales, y más próximos a hoy en día, los deportistas que han podido convertir el capital simbólico acumulado en el estadio, en capital social canjeable en otros sectores de la vida pública. La política es uno de ellos: la carrera de Francis Vals, alcalde socialista de Narbonne fallecido en la actualidad, debe sin duda mucho al hecho de haber sido miembro del equipo de rugby de la ciudad campeona de Francia en 1936 —la que más en contra estaba del equipo “patronal” de Montferrand controlado por Michelin—; y la de Jacques Chaban-Delmas a su pertenencia al C.A. Béglais, tal como declara él mismo: “¿Mi éxito? Se lo debo también al rugby... 100.000 personas del sur de La Loire me tutean y me llaman Jacques debido a ello (20)”. Más recientemente, el desarrollo de la publicidad y de las relaciones públicas han podido convertir en una situación aprovechable el éxito deportivo, concediendo, gracias a los reportajes del periódico y de la televisión, gran notoriedad a su autor. Pero actualmente, es el ejercicio del deporte por sí mismo, como prueba en demasía el tenis y en menor medida el fútbol y el ciclismo, el que garantiza sin demora ni transferencia de actividad bonitas acumulaciones de capital. Autorizando, por medio de los protagonistas, una posible conversión del capital simbólico en capital socioeconómico, el deporte permite también el fenómeno inverso en las funciones del marco que propone, convirtiendo un capital económico bien asentado en honorabilidad y notoriedad.

Nada lo ilustraría mejor que una “prosopografía” social de los dirigentes de clubs, en particular en un deporte como el rugby, instalado a menudo en ciudades pequeñas o medianas y bajo la tutela de destacados personajes locales, que encuentran la ocasión para lograr un provechoso lanzamiento, ya que ello les aporta un prestigio y unas posibilidades de relación útiles en los negocios y en la escena política local. Aquí

también, el deporte se encuentra emplazado en el centro de mecanismos sociales dónde no se le sitúa habitualmente.

Prácticas diferenciadas

Aunque el deporte constituye un campo original donde se especifican gestos, espacios, tiempos e instituciones, no es posible prohibir la existencia de dinámicas que lo atraviesan y lo transforman. Las desviaciones y modificaciones tienen mucha importancia, ya que amenazan evidentemente la unidad de este mismo campo. Se han acrecentado las fronteras entre modalidades de práctica muy diferentes; se han acrecentado las distancias entre tipos muy diferentes de practicantes. Un cicloturista y un corredor del Tour ¿tienen todavía hoy en día algún punto en común? No se trata de enumerar todos los factores de evolución y de explosión, sino de retener aquellos que, al mismo tiempo, han pesado sobre las significaciones mismas de las prácticas y aumentando sus heterogeneidades: por una parte, las consecuencias de la “espectacularización”, por la otra, la adecuación móvil entre las pertenencias sociales y las lógicas internas de los diferentes deportes.

Capital simbólico y beneficios sociales

Estos beneficios económicos asegurados por el espectáculo deportivo, se duplican para los actores en beneficios sociales nada despreciables. La transformación fundamental, precoz en un principio, para los jugadores y corredores ha sido la del profesionalismo. El ejemplo ya citado del West Ham Football Club demuestra claramente que desde principios del siglo XX, las relaciones entre jugadores y dirigentes reproducen a las que unen a patronos y obreros —debido a

(20) J. Lagroye, *Chaban-Delmas a Bordeaux*, Paris, Pédone, 1973, p. 57.

que son numerosos los dirigentes deportivos pertenecientes a la gran y mediana patronal—, los jugadores son contratados, su salario se fija cada año después de una posible negociación, pero no pueden dejar el club sin el consentimiento de sus dirigentes que son los únicos en decidir su liberación o transferencia (18). Aunque el inventario de formas y ritmos de la profesionalización, según las disciplinas, está aún pendiente de estructuración, podemos ponernos dos preguntas. Primero, qué lugar ocupa el deportista profesional en la escala social. En el fútbol inglés de principios de siglo, los mejores jugadores de clubs como el West Ham ganan un sueldo semanal por estación que es más o menos el doble del que perciben los conductores de tranvía o los paletas. Pero en este caso se encuentran los más privilegiados, y ninguno gana durante el verano dicha renta. Su suerte parece pues mediocre frente a la de los jugadores de base-ball americano durante el tiempo transcurrido entre las dos guerras, ya que su salario medio en 1929 (7.500 \$ por año) es superior, y a veces por mucho, a las ganancias de los profesores (3.000 \$), de los médicos (5.200 \$) o de los abogados (5.500 \$) (19). Por esta razón podemos hacernos una segunda pregunta: ¿ha sido el deporte, como lo ha creído toda una mitología popular, un poderoso agente de movilidad social? Hasta la segunda guerra mundial, parece ser que no. Los futbolistas ingleses de antes del 14, procedentes a menudo de la clase obrera, vuelven después de pasar algunos años como asalariados de uno o varios clubs; los jugadores de base-ball americano, pertenecientes generalmente a familias de clase media (profesiones liberales, granjeros, empleados) o hijos de trabajadores cualificados, encuentran después de su jubilación deportiva una posición más o menos equivalente a la de su padre, a menudo en el mismo deporte, y su destino social parece dirigido estrictamente por su origen familiar y por su formación escolar.

El espectáculo por sí mismo es, por ejemplo, un fermento de renovación y disparidad. En primer término, juega un papel muy banal sobre el marco de las actividades mismas. El ojo del espectador debe ser privilegiado: modificación de los terrenos, puesta en marcha de una verdadera estrategia de visualización, modificación de los útiles (peso y forma de los balones entre otros), modificación también de las situaciones de lucha (en particular los trazados cuyo balizamiento aumenta con las competiciones, yendo en esqui hasta la creación de slaloms paralelos donde se estandarizan los descensos y los recorridos).

Las consecuencias pueden afectar a la técnica o al

sentido mismo de los gestos. Los llamados deportes acotados (gimnasia deportiva, patinaje artístico, saltos, etc.) presentan por ejemplo una historia sistemáticamente polarizada: eliminación progresiva de las pruebas combinadas que frenan la especialización y explotación inmediatamente perceptible y dominación creciente, por las mismas razones, de las pruebas libres sobre las pruebas impuestas. La primera percepción y la seducción de lo "nunca visto" lo llevan insensiblemente a la determinación de las cualidades esperadas. La gimnasia deportiva ofrece en este sentido una serie de inflexiones, fácilmente detectables por la lectura de los antiguos reglamentos. Los textos que de vez en cuando han intentado, sin ningún éxito, limitar tal dinámica, no han hecho más que confirmar indirectamente su importancia. En 1910 por ejemplo, se pensó en dispositivos encargados de eliminar a los funambulistas, impresionantes pero juzgados por los aficionados especializados por poseer cualidades atléticas "demasiado" limitadas. En las competiciones se tomó la decisión de comunicar las figuras a realizar sólo unos instantes antes del encuentro, a fin de que cada actor pusiese mejor en evidencia sus cualidades "generales" y su correspondiente habilidad: "Los ejercicios se imponen pero no se conocen. Se demuestran justo antes del enfrentamiento (...) sin ninguna ocasión de poderlos estudiar a priori (...) puesto que queremos excluir a los que entienden más de musichall que de gimnasia (21)".

Un tal "rigor" no podrá evidentemente mantenerse mucho tiempo y cederá gradualmente. Su repetida puesta en escena, sus modificaciones inevitables, muestran como lo espectacular puede, a su manera, pesar sobre la organización y la forma misma de los juegos. Muestra también su huella sobre los imaginarios: el paso de una espera de cualidades variadas, aisladas o acumuladas, o a veces quizás confusas, a una espera de cualidades especializadas, tangibles, a la vez chocantes e inmediatamente reconocibles. El mito de un atleta completo, de recursos tanto más ocultos cuanto más complejos, sucede al de un atleta capaz de prestaciones captadas y comprendidas al instante. Focalizando las miradas, el espectáculo focaliza también las técnicas y las categorías de proeza.

El efecto publicitario

Las consecuencias son más complejas y mucho más

(18) C.P. Korr, *art. cit.*, p.p. 228-230.

(19) S.A. Riess, "Professional Baseball and Social Mobility", *Journal of Interdisciplinary History*, XI, 2, 1980, p.p. 235-250.

(21) Règlement international de 1910, cité par L. Thomas, *Evolution de la gymnastique en France*, Mémoire E.N.S.E.P., Paris, 1972.

importantes una vez que se toman en cuenta las implicaciones publicitarias y comerciales, susceptibles de acompañar dicho proceso. El hecho de que en ciertos deportes, la escena tenga por ejemplo un fuerte valor mercantil, puede ser determinante. Los agentes publicitarios explican muy bien que el mantenimiento y la promoción de una vedette o de un equipo, permite una promoción menos costosa y más constante sobre el público que una campaña televisiva. Una encuesta de la revista mensual *Vélo* afirma que en 1978 un corredor ciclista profesional comporta un gasto medio anual de 192.000 francos para la firma que lo emplea. El solo costo del mensaje publicitario televisivo (110.000 F por 30 segundos en TFI, un día por semana y a las 20h 30) ayuda sin ninguna duda a comprender esta elección (22). Pero a partir del momento en el que la financiación de un equipo es una manera de ocupar las pantallas, la influencia sobre la práctica deportiva se vuelve decisiva. Los agentes publicitarios sienten un evidente interés porque sean ampliamente privilegiadas las vedettes que ellos promocionan. Sus esfuerzos se emplearán para colmar sistemáticamente las incertidumbres y focalizar las atenciones sobre algunos sujetos designados, susceptibles aparentemente de llevar a cabo un nivel elevado de prestaciones, así como de mantener un efecto de dominio continuado. En este caso, y para tener presente el ejemplo del ciclismo, se transforman la estrategia de las carreras, la estructuración de los equipos y también los entendimientos entre ellos, que llevan a veces a repartirse previamente los premios para dominar mejor un terreno. Es la práctica la que cambia puesto que ciertos corredores saben a priori que no están allí para ganar sino para ayudar a otros que son mejores portadores de publicidad (23). Transformación no despreciable respecto a los primeros Tours de France, donde los corredores no podían tener ninguna asistencia de equipo o técnica. La jerarquía entre los corredores, su paga, sus comportamientos, son totalmente "recodificados". Es la práctica la que cambia también, ya que el programa seguido por un profesional viene determinado por las decisiones del agente publicitario que lo emplea, y también por el hecho de que, en un gesto aparentemente anodino, ciertas carreras sólo se animan en el momento del reportaje televisado. Debido a una transformación, que algunas raras tentativas han empezado a describir hoy en día, el espectáculo, con sus implicaciones publicitarias, comerciales, económicas, genera más mutaciones en las prácticas que las simples modificaciones de las técnicas, más cambios

de sentido que los simples desplazamientos de intensidades.

Dicha dinámica introduce también una gestión muy diferente del elemento espectacular según el tipo de deporte al que concierne. Algunos de entre ellos parecen haber encontrado en la explotación televisiva como una promoción de popularidad. El rugby ha adquirido dimensión de deporte nacional por el éxito de sus retransmisiones. El atletismo por el contrario no parece haber incrementado su prestigio, aunque fue largo tiempo considerado (y lo es a menudo en la actualidad) como "deporte de base". Sin duda, ofrece a la imagen más dispersión, discontinuidades, técnicas confusas. Para tomar otro ejemplo, también es cierto que las reptaciones y agarrones de la lucha serán siempre menos transparentes visualmente que las proyecciones de judo. Éxito pues diferente, pero sobretodo, explotación diferente de los espectáculos. En este segundo caso, no se hace otra cosa que incrementar las heterogeneidades entre las prácticas y su eventual rentabilidad social.

Los veleros "sponsorisés" por ejemplo, se esconden de la vista. Existen como posiciones lejanas sobre un océano invisible, desplazándose en lo imaginario, siguiendo, como mucho, cartografías cuyos únicos avatares son comunicados por comentarios radiofónicos. El reportaje es tan sólo un recuento repetido de sectores y puntos. Es por el nombre pues por el que invierten los anunciantes, siendo éste más importante en la medida en que el barco no es, en este caso, otra cosa que una coordenada abstracta. Al espacio mítico construido por el público, responden seres geométricos convertidos en "productos" repetidos incansablemente. El que estos últimos sean absolutamente ajenos al mundo de la vela no tiene evidentemente importancia, sino muy al contrario. ¿Es debido al azar el que las radios periféricas jueguen un papel importante en este tipo de carreras?

Por otra parte, la explotación puede evidentemente ser totalmente distinta. El esquí por ejemplo tiene otros soportes. La prueba se filma de principio a fin. La habilidad y la velocidad tienen un marco muy delimitado. La mirada se fija sobre un cuerpo instrumentalizado. Naturalmente, el objeto publicitario es más técnico: por supuesto, el nombre de la estación como lugar de acogida, repetido también frecuentemente; pero sobretodo, el material utilizado, relacionado rápidamente de forma imaginaria con las cualidades de los esquiadores. Una vez más, estas disposiciones influyen sobre las prácticas, la elaboración de los

(22) Enquête de Noël Couëdel, *Vélo*, Paris, décembre 1978. Cf. Calvet, *op. cit.*, p.p. 62-65.

(23) El hecho de que el mensual *Vélo* pueda en diciembre de 1979 poner en titulares: "Hinault en un desierto", responde también a una situación creada por los agentes publicitarios: equipos muy jerarquizados, trabajo definido rigurosamente con antelación, lo que conduce a una limitación de las vedettes y a una fuerte dependencia de los corredores muy jóvenes. Evidentemente, el mensual *Vélo* sólo detecta psicología: "Ya no hay aventureros".

circuitos seguidos por el "circo blanco", la acumulación de encuentros, los criterios de entrenamiento, etc. Pero sobretodo, demuestran que de un deporte al otro, las condiciones y las funciones del espectáculo no son homogéneas.

Expertos y profanos

Queda aún por decir que esto último ha incrementado, y de forma mucho más pronunciada, una doble y profunda disparidad: entre los actores y el público, entre las modalidades de práctica; y por ello, entre los mismos practicantes. Desde hace tiempo, se ha constituido una categoría tan múltiple como precisa de deportistas: los que los efectos de mercantilización prometen a las consumiciones pasivas, implantando un divorcio esencial entre algunos expertos, poco numerosos pero "deslumbrantes" y los profanos, reducidos en el mejor de los casos al papel de "fans" (24). Es precisamente el impacto del espectáculo, en estas variadas dimensiones comerciales o incluso nacionalistas, el que no pudo evitar la aparición del profesional. Requería necesariamente un trabajo siempre mayor sobre la excepción ofrecida y representada. Empujaba a la función a convertirse en oficio. Pero se articulaba también sobre la constitución de masas consumidoras, perfilando una relación específica entre el campeón y el público. Sin duda, es aquí donde el efecto político puede percibirse mejor, redoblando una conciencia colectiva convertida en blanco único de las imágenes elaboradas totalmente fuera de ellas. Dicha designación tiene tanta más importancia en cuanto que verifica una distribución social: para numerosos deportes, la asistencia a los estadios y sobre todo la audiencia televisiva son muy populares; al mismo tiempo, se observa en los obreros (particularmente después de la adolescencia) la menor tasa de práctica deportiva (25). Los que miran más, son también los que generalmente ejercen menos; y al mismo tiempo, los que el sistema socio-político mantiene en posición de dominados. El espectáculo es en principio la constitución indirecta de un público socialmente situado e intrínsecamente ausente de la práctica deportiva. Es también la proliferación de una cadena de recitales cada vez mejor

organizados, que segregan a su auditorio así como a sus profesionales y a sus técnicos. Por otra parte, dicho dispositivo no está alejado del de "show business" con su consumo y sus vedettes, y sobretodo, con la extensión considerable de su campo escénico, que multiplicando los profanos, puede a la vez decepcionar a los amateurs y "minimizar" su contenido con el fin de difundirlo mejor. Las fronteras que dicha sistemática crea entre los participantes están desde entonces bien diferenciadas. Los polos extremos oponen los enfrentamientos profesionalizados a las fórmulas que intentan lograr algún perfeccionamiento individual desprovisto de toda preocupación espectacular. Estas vías heterogéneas suponen, también aquí, actores socialmente situados. Por otra parte, entrecruzan a su vez otras variables que permiten comprenderlas mejor. Ni que decir tiene que las prácticas competitivas ofrecen por ellas mismas un marco de "asiduidades" sociales diferentes. El hecho de que sean segregativas es una demostración, constatada ahora después de largo tiempo. Pero la actitud respecto a sus intenciones varía también claramente de las clases populares a las clases dominantes. En el último caso, por ejemplo, la competición, fuera de algunas situaciones de excepción, no es más que una puesta a punto, una medida de progreso, o como mucho, un combate estético. Es más o menos relajada, mezcla explícitamente performances y efectos higiénicos, o bien psicológicos. En el otro, por el contrario, favorece las inversiones obstinadas, las energías y las labores planificadas. Imágenes que ilustran puestas en juego físicas, modalidades y espectativas muy distanciadas respectivamente.

Paradójicamente, estas disparidades introducen mejor a la precedente, radical, entre dos polos de prácticas: las competiciones, rigurosas y espectaculares al mismo tiempo, y las actividades dirigidas al esparcimiento edificante. Son los actores los que aquí se oponen con un vasto conjunto de referencias imaginarias. Lo que ocurre, es que además de la relación evidentemente diferente en lo que concierne al espectáculo y a los enfrentamientos, estas dos fórmulas divergen a menudo por su reclutamiento social. En casi la totalidad de los deportes, una carrera deportiva, con sus formas de coacción y de valorización, no está pensada para los niños de la burguesía (26). Representa por el contrario una posibilidad de ascenso para los de las clases dominadas. De las competiciones aplicadas y abruptas, al ocio elaborado y desenvuelto, se dispone pues de un espectro de estrategias que no son más que socio-culturales. Y el deporte competitivo. en

(24) P. Bourdieu desarrolla estos temas en el artículo consagrado a los gustos deportivos en *Questions de sociologie*, op. cit.

(25) Y. Le Pogam. *Démocratisation du sport: mythe ou réalité?*, Paris, J.-P. Delarge, 1979, p. 162. No hay ni que decir que algunos deportes escapan a una asistencia popular: la equitación y el golf entre otros. Cf. el obrero interrogado por Le Pogam: "Digamos que en la equitación no es la persona la que hace deporte. Para mí, el caballo es el que realiza el trabajo", P. 138.

(26) Falta no obstante un trabajo sobre las dinámicas más contemporáneas: el esquí, por ejemplo, cuyos campeones han sido siempre campesinos, se abre muy lentamente a una élite procedente de las ciudades. Y es una burguesía media la que parece representar la élite competitiva del tenis.

su más alto nivel, puede jugar en este caso un papel muy específico.

El esquí, por ejemplo, aparece a primera vista como una práctica socialmente privilegiada. En 1971, solamente el 4% tomaba vacaciones de invierno. Hoy en día aún, el 70% de los esquiadores de quince a veinte años son estudiantes. Pero lo esquiadores de alta competición provienen muy frecuentemente de medios populares: oficios relacionados con la madera y la construcción, hostelería, agricultura (27). Los ciudadanos acomodados no figuran más que excepcionalmente en los equipos de primera línea. La profesionalización comporta una forma de reclutamiento no representativa del conjunto de practicantes. Tiene sus propias leyes, con las que la pirámide "coubertiniana" no tiene en definitiva ninguna relación. Sólo quieren y "pueden" tener éxito, en este caso, los que son socialmente dominados, a condición ciertamente de que estén también materialmente bien situados para poder dedicar su tiempo al entrenamiento. Un poco como si tuviesen que acercarse dos universos diferentes. Por otra parte, el caso del esquí se convierte en particular en tanto en cuanto el modelo gana en sistematización, poniendo en juego causalidades dialectizadas. La competición de élite no carece de repercusión sobre la calidad y el standing de las estaciones, el arreglo de las pistas, la puesta a punto del material. El mismo número de sectores transforman insensiblemente la práctica de la estación. Aunque no se podría describir muy esquemáticamente una clase de vasta repartición social de papeles. Los esquiadores del "circo blanco", de hecho profesionalizados, están, según mecanismos muy indirectos, al "servicio" de los que perteneciendo a otros niveles sociales se dedican primero a su ocio.

El incremento de la "espectacularización", su explotación consumidora, han tenido pues consecuencias no solamente sobre el contenido y el sentido de las prácticas, sino también sobre la demarcación respectiva de los deportes y sobre la constitución de su público. Por fin, no podía menos que instaurar diferencias entre los practicantes.

Elecciones sociales y formas de jugar

Los temas más específicamente sociales nos intro-

ducen también a un principio específico de evolución y de diferenciación de las prácticas. La frecuentación social de un deporte merece una especial atención porque matiza los esquemas precedentes: un deporte puede transformarse también en el tiempo y en el espacio, según la posición de los actores sociales que lo toman mayoritariamente a su cargo.

El caso del rugby es ejemplar. Los primeros rugbymen franceses de principios del siglo XX son universitarios seducidos por el juego inglés. Lo adoptan de forma muy especial. A los choques "viriles" que aceptan sin dudar, asocian un juego de rapidez y de destreza favoreciendo la agilidad y velocidad. La estrategia es la de una apropiación sistemática de espacios, de una multiplicación de aperturas. La táctica es la de la finta y las agilidades. Juego ligero de despliegue y movilidad confirman desde este punto de vista las obras especializadas publicadas durante aquel tiempo. Ocurre lo contrario cuando el rugby se implanta en las zonas semi-rurales del Sur-Oeste después de la Primera Guerra Mundial; se cambian completamente los criterios de eficacia y las modalidades de enfrentamiento. Se presta de forma brusca una atención mayor al juego de los delanteros. Las estrategias de fijación de jugadores y las secuencias de oposición frontal ganan en importancia. Los modelos evolucionan hacia una utilización más sistemática de fuerza y potencia, que se traduce por la simple confrontación de las fotos de los jugadores del equipo. Es como si otra cultura, otra representación de los cuerpos tuviesen que dirigir la robustez y las técnicas. Como si otros principios de vigor tuvieran que fijar la disposición de los mecanismos adoptados.

Es sin duda alrededor de estos problemas que los recientes trabajos de sociología del deporte son más ricos e interesantes (28). Permiten comprender mejor las elecciones de las prácticas, señalando sus posibles razones. Hacen aparecer incompatibilidades, pero también torpezas. Por poco que la observación no se contente únicamente con las polaridades extremas, separando el deporte espectáculo de las simples actividades de esparcimiento; por poco que considere un amplio conjunto de prácticas difusas, sin hacer de la competición una demarcación mayor, ciertas distinciones toman un carácter muy explícito.

Pueden evidentemente tenerse en cuenta los criterios de coste representados por la compra o el mantenimiento de los materiales, los desplazamientos a ciertos lugares, la inversión durante los ciclos de aprendizaje. No hace falta señalar que se instauran hoy en día matices nada despreciables entre un esquí de glaci-

(27) F. Di Ruzza et B. Gerbier, *Ski en crise, essai sur l'économie du sport*, Grenoble, P.U.G., 1977, p.p. 90-91.

(28) La obra dirigida por Pociello, citada anteriormente, es un ejemplo, así como el número especial publicado por el I.N.S.E.P., *Sociologie du sport, Travaux et recherche*, I.N.S.E.P., Paris, 1979; y como los pasajes dedicados al deporte por Bourdieu en *La distinction*, Paris, Editions de Minuit, 1979.

con transporte por helicóptero, un esquí individual durante la estación y un esquí de club con estancias y formación organizados. Al espectro de gastos le corresponde también un espectro de prácticas.

Pero otros criterios, por ser menos aparentes, no están exentos de sentido y valor simbólico. La elección de ciertos deportes de combate, por ejemplo, recubre diferencias muy sutiles; tanto es así, que los costes por sí solos no podrían explicar nada. Para tomar únicamente el caso de estos deportes que suponen una lucha contra el adversario, diremos que la frecuentación social es muy distinta, yendo de la lucha al aikido, pasando por el judo. La primera es esencialmente popular, mientras que el judo atrae a una pequeña burguesía urbana, formada por empleados y cuadros medios; el aikido, por el contrario, se presenta como una actividad de cuadros superiores, estudiantes y mujeres (contrariamente al judo) (29). Curiosamente pues, estos tres deportes de lucha implican una distancia y un contacto diferentes con el adversario, y son susceptibles de clasificación, del más cercano al más lejano, del más rudo al más suave. Recurren a sistemas de fuerza que se dirigen hacia valores de "violencia" decreciente. Como si en esta "graduación", la robustez diera lugar a refinadas tácticas; los choques frontales, a impulsos casi indirectos y calculados. Es como si los choques y los agarrones entre los cuerpos fuesen menos soportados por las clases dominantes que por las clases dominadas.

La motricidad podría remitirse a ejes de estructuración diferentes, ligados a pertenencias sociales diferentes. Pero los imaginarios podría estar rodeados más de cerca todavía por funcionamientos motores que diferenciarían los deportes que precisan de fuertes inversiones energéticas, sea de fuerza muscular masiva (halterofilia, boxeo, etc.) o de intensa actividad cardiopulmonar (ciclismo, carreras de fondo, etc.), de los deportes que requieren, por el contrario, habilidad, fineza de sensaciones, control motriz (surf, vuelo libre, etc.). La división en categorías podría por lo tanto pasar por una doble atención al cuerpo: el desarrollo de los contactos con el adversario, la percepción de las fronteras y los agarrones; y por otra parte, las formas de motricidad, el imaginario del funcionamiento y la valorización eficientes.

Entre la escuela y la escena

Al final de este esbozo que ha pretendido simple-

mente emplazar los mayores interrogantes de un estudio, histórico o sociológico, de las prácticas y de los espectáculos deportivos, es sin duda necesario plantearse una cuestión que atraviesa la historia de los deportes así como el presente de nuestra pedagogía: la de los valores morales implícitos y de la ejemplaridad educativa de tales prácticas. La invención coubertiniana prometía seguir ostensiblemente el camino de las renovaciones pedagógicas y de las estrategias formativas. Los modelos del *fair-play* y de la gesta caballeresca han llenado durante largo tiempo la literatura deportiva, estando concebidos como la mayoría de signos edificantes. Indudablemente, las posiciones se han matizado hoy en día. De hecho, sólo queda su articulación alrededor de dos polos, uno que critica el deporte como actividad colmada de ascetismo, de influencias alienantes, de autoritarismo arcaico (30); otro que por el contrario defiende sus valores humanistas, perturbados solamente por algunos excesos cuya "corrección" revelaría simplemente la buena voluntad colectiva (31). No hace falta decir que la multiplicidad de situaciones, la multiplicidad también de determinantes y de disposiciones institucionales, hacen que las dos interpretaciones sean al mismo tiempo parciales y artificiales. El deporte es plural, como lo son sus diferentes funciones de enmascaramiento.

La competición a su máximo nivel es evidentemente la más clara y la que sirve a menudo como punto de referencia. ¿Hace falta señalar en este caso su importancia política creciente, sus conexiones financieras y publicitarias también en aumento?, ¿no podrían garantizarle alguna ejemplaridad educativa?. Se ha convertido simplemente en un oficio, con sus exigencias, sus técnicas, sus riesgos, que aumentan a veces por la tendencia a la selección precoz (32). Los individuos son puestos al servicio de intereses que no son a priori los suyos. Son utilizados como en otros oficios, pero se dan cuenta de ello la mayoría de veces. Aunque su explotación sea a menudo muy evidente, no es ni excepcional ni totalmente original. Los campeones realizan mayoritariamente un nuevo trabajo de espectáculo, que tiene su belleza, su rudeza, su rigor abrupto. unos criterios de rentabilidad variados hacen de él una profesión aparte, que no desprecia el factor educativo pero que no puede más que, en el mejor de los casos, utilizarlo como coartada. Y no tiene más sentido ver en el espectáculo deportivo alguna perfección de la educación, que verla en el circo, en el music-hall o en las secuencias acrobáticas del cine.

No obstante, lo que aún perdura es que el deporte de alto nivel aparezca para el mismo público como una

(29) J.—P. Clément, "La force, la souplesse et l'harmonie, Etude comparée de trois sports de combat (lutte, judo, aikido)", *Sports et société, op. cit.*, p.p. 285-301.

(30) J.—M. Brohm, *Sociologie politique du sport*, Paris, J.—P. Delarge, 1977.

(31) Lo que corresponde en general a un visión "oficial". "Me gustaría precisar que el deporte, convertido al mismo tiempo en medio educativo y en realidad social, depende de la sociedad que debe velar por su desarrollo y por su armonía en el marco de la vida pública, dicho de otro modo, de la vida política" (P. Mazeaud, *Sport et liberté*, Paris, Denoël, 1980, p. 143).

(32) Cf. "L'entraînement des jeunes sportifs", *Le monde*, 22.1.1981 y el dossier de *La dépêche de Toulouse* del 23.1.1981 titulado "Aucune médaille ne vaut la santé d'un enfant".

prolongación del gesto escolar, como la continuación natural de los tiempos edificantes. Existe sin duda una fascinación respecto a las jerarquías cifradas, las distribuciones de precios, las contra-sociedades donde la concurrencia permite seleccionar a los mejores, donde las instituciones son controladas por árbitros imparciales, y todo, adornado por diplomas y censuras dictadas con plena transparencia. Dichos mitos son tanto más fácilmente propagados en la medida en que los media los alimentan y los mantienen (33). Es un imaginario lo que aquí se consume; el de los universos "meritocráticos", donde los dones no tienen sentido si no van ligados a labores tenaces, al mismo título que, en otros campos y con otros objetivos, la fotonovela vende, con su sentimentalismo aparentemente intemporal, una utopía socialmente codificada. Se añaden en el caso del deporte enfrentamientos dispersos, clasificaciones impecables, cuya densidad atraviesa imágenes televisadas y comentarios, sin que por supuesto aparezca la red de fuerzas que los sostiene. El "juego" consiste precisamente en cambiar los valores ejemplares, y lo hace tanto mejor en la medida en que sabe ser "espectacular". Pero tiene también la importancia de ser un dispositivo que ha unido el deporte a la escuela, encontrando esta última en él, a principios del siglo XX, la promoción de sistemas autoritarios más flexibles, más indirectos, que permiten a la vez el mantenimiento del control y la presencia del factor lúdico. La invención fue de las instituciones, en las que los sujetos ganaban aparentemente en autonomía o bien en poder real. Más sutil que la rigidez disciplinaria, de la que las gimnasias representan un buen ejemplo, más flexible también, introducía un principio de asociación inédito y una pretendida práctica de **self-government**. Como confiscación institucional de la violencia, prometía por fin una gestión más "abierto" de los colectivos infantiles. Habría que recordar esta explotación escolar, la vocación burguesa que precedió su difusión y su lenta penetración en la escuela pública. Habría que subrayar sobre todo algunas de sus intenciones; los pedagogos pudieron mantener a menudo una autoridad muy firme, y en muchos casos más "eficaz" con el incremento de flexibilidad; los entrenadores por su parte, encontraron a menudo ventajas en la reivindicación del estatuto educativo. Entrenadores y pedagogos se enfrentaron, y se enfrentan aún hoy en

día, con la intención de lograr la hegemonía sobre las prácticas corporales. El deporte está también hecho de esta concurrencia de factores, que intentan determinar su uso legítimo. Paradójicamente, estos antagonismos unen al deporte, de forma imaginaria, a la ideología e infraestructura escolar. ¿No se atribuyen de modo obsesivo los "fracasos" olímpicos franceses a los "fracasos" de un deporte dejado en manos de la escuela?. Pero a pesar de su distribución de precios y su remarcable gusto por los cuadros de honor, la competición de élite sigue siendo un mundo aparte. Posee sus leyes, sus requisitos, sus trampas, pero sobre todo sus modos de selección y formación, en los que, al menos en Francia, la escuela no tiene lugar, y no podría ser de otra manera debido a las grandes exigencias de los entrenamientos.

Este "aislamiento" de la competición de élite merece una última atención debido a que a través de ella nos interrogamos sobre la cultura de hoy en día. Ciertamente, representa el éxito de los espectáculos, el doble discurso donde los intereses más diversos aparecen enmascarados, por una legitimación de las jerarquías, pero quizá también en último término, el refugio de valores que ya no tienen vigencia.

El problema está precisamente en que los modelos ascéticos, las concurrencias predatorias (34) que han jugado un importante papel en la imposición del espíritu deportivo, ya no son de hecho dominantes. Aunque todavía puedan sostener el espectáculo y participar en su seducción, no se puede evitar que su densidad social esté en vías de desaparición; dinámica evidentemente más fuerte en las clases dominantes que en las clases dominadas. Las nuevas prácticas de la pequeña burguesía, el éxito de la relajación, de las actividades de expresión, de los deportes importados de la costa californiana, prueban que los modelos se dirigen más bien hacia la liberación. A partir de este momento, son las grandes afirmaciones voluntaristas, los enfrentamientos despiadados y las energías virilizadas torpemente los únicos objetos del espectáculo. Ocurre como si el comportamiento cotidiano tuviese que hacer un consumo artificial. La paradoja fundamental es que el deporte ha ganado éxito al mismo tiempo que se han transformado los valores que le dieron origen.

(33) Los comentarios deportivos han sido frecuentemente estudiados hasta el momento. Nos contentamos aquí con insistir sobre su tendencia a borrar el tiempo para de este modo poder engrandecer y ennoblecer mejor toda jerarquía: "Se diría hecho para los campeonatos de otra época; para estos torneos de la Edad Media en los que el mínimo error podía conducir *ad mortem*, pero en los que la mínima victoria abría las puertas del paraíso" (B. Heimerdmann, "J. McEnroe: la revanche de l'enfant terrible", *Le Matin de Paris*, 6.7.1981).

(34) T. Veblen, *Théorie de la classe de loisir*, 1899, traduction française, Paris, Gallimard, 1970, p. 167.



FLECTOMIN

"BEBIDA ENERGETICA
CON ELECTROLITOS"

Siempre en tu mejor forma

COMPOSICION

La composición centesimal en componentes esenciales es la siguiente:

Hidratos de carbono, 80 g.
Substancias minerales
Sodio 69 mEq/1,60 g.
Potasio 37 mEq/1,44 g.
Magnesio 13 mEq/0,16 g.
Calcio 4 mEq/0,80 g.
Fósforo 0,12 g. único componente
saborizante, limón natural
deshidratado. Valor energético
100 g proporcionan 320 calorías

POSOLOGIA

Disolver una dosis de 20 gramos (un sobre o dos cucharadas soperas) de FLECTOMIN polvo soluble instantáneo en 200 ml (un vaso de agua) de agua fría o incluso caliente (o té) Según la duración, la actividad física y el clima, puede beberse hasta 1 litro por día (5 dosis) o más en casos extremos

PRESENTACION

Polvo, caja con 10 sobres de 20 g. cada uno (10 dosis)
bote con 600 g (30 dosis)

INDICACIONES

Preparado dietético que regula el contenido en agua y electrolitos, reponiendo las sales minerales eliminadas con el sudor. Aporta una fuente adicional de energía en forma de hidratos de carbono digeribles. Recomendado especialmente para deportistas (No produce efecto doping)

**LABORATORIO DE
APLICACIONES
FARMACODINAMICAS, S.A.**

Grassot, 16 - Barcelona, 25